

Amistades

EN LA canción de Serrat su madre nos advertía de que había que cuidarse de las malas compañías, un Chiño consejo natural en los labios de una mamá. ¿Y qué hacer con las buenas? ¿Habrá que entregarse de forma fiel, desinteresada? Veamos. Hay quien se cita con los amigos para jugar al baloncesto, por ejemplo, y entre finta y bloqueo van y consiguen una concesión de un canal de televisión. ¿Y el partido? El partido no se enteró de mucho. Más que partido era sólo una pachanguita para pasar el rato.

Los hay más aprovechados, que llaman a sus amigos para solventar sus cuitas personales. Un amigo es un amigo y le resuelve por la parte de atrás. Adelantarlo en una intervención quirúrgica, conseguir un permiso para la apertura de un local –aunque hay casos de amigos que se pasan de la raya y del listón-, saltar la lista de espera para la acogida de un familiar en un centro de mayores o, sin más, elaborar un informe ad hoc cuando uno está en un aprieto. Sobre el clima, por ejemplo. ¿Y el partido? El partido, nada. Las cuestiones de alcance no se discuten en congresos ni en conferencias interminables. Una llamadita al conocido, se le previene del sentido de la conclusiones y listo.

Los hay, también, que gozan de amigos que le proponen para el cargo y, a la primera de cambio, cuando lo van haciendo bien, le montan una candidatura alternativa, por si acaso. ¿Y el partido? En este caso no se sabe muy bien qué pasa con el partido, en tiempos el único merecedor del sustantivo sin más. El partido, enrocado, casi nada, cada vez menos. En fin, que no sabemos con qué carta quedarnos. Mejor con la amistades peligrosas que, aunque entrañan riesgo, mantienen la esencia de la trasgresión.